

## LIBRO DÉCIMO

### LA ELECCIÓN DE PRESIDENTE

- SUMARIO: I.—Diferentes personas que podían aspirar á la presidencia: Molé; Thiers; Lamartine; el mariscal Bugeaud; el general Changarnier.—De cómo estas candidaturas fueron desaprobadas ó abandonadas; exceptuando á Ledru-Rollín y á Raspail, sostenidos por los demagogos y los socialistas, sólo dos candidatos quedan en presencia: Cavaignac y Luis Bonaparte.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—Cavaignac; su conducta vacilante le descredita; incidentes diversos; banquetes del 22 de septiembre en Tolosa y en Bourges; Ledru-Rollín; debates relativos al estado de sitio; Dufaure, Freslón y Vivien entran en el ministerio; de cómo esta concesión hecha al partido del orden se encuentra pronto paralizada por nombramientos contrarios.—Esfuerzos en favor de la candidatura del general; Dufaure: su circular á los prefectos y su carta al Sr. Odier; manifiesto del general; sus gestiones; fracaso de esta propaganda.
- III.—Luis Bonaparte: su aparente reserva; actividad real de su partido, ventajas del príncipe sobre su competidor; propaganda activa; promesas; ataques ó burlas contra Cavaignac; Girardin y el periódico *La Presse*.—Actitud de los antiguos jefes parlamentarios; su vacilación; el lenguaje más tranquilizador de Luis Bonaparte les induce á patrocinarlo.—Fuerza inmensa que da al príncipe su nombre.
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—Publicación del *Fragmento de historia*; naturaleza de la acusación que contiene; Cavaignac provoca un debate público en la Asamblea; este debate es señalado para el 25 de noviembre; memorable sesión parlamentaria; justificación de la conducta de Cavaignac durante la insurrección de Junio; aprobación casi unánime de la representación nacional.
- V (*Extracto del texto de La Gorce*).—La sesión del 25 de noviembre produce más efecto en el Parlamento que en el país.—Manifiesto del príncipe, promesas prodigadas á todos los partidos.—Revolución en Roma; asesinato de Rossi; peligros del Santo Padre; misión confiada al Sr. de Corcelles; tropas reunidas en Tolón y dispuestas á ser embarcadas; Pío IX se refugia, no en Francia, sino en Gaeta; los adversarios del general se burlan de sus ofrecimientos de hospitalidad cuando ya son inútiles.—Cuestión de las *recompensas nacionales*; se convierte en un texto de nuevas acusaciones contra Cavaignac.
- VI (*Extracto del texto de La Gorce*).—Elecciones del 10 de diciembre; resultado del escrutinio; la popularidad de Cavaignac gastada en pocos meses como la de Lamartine.—Servicios prestados por el jefe del poder ejecutivo.—Cavaignac entrega sus poderes; discurso de Luis Bonaparte; el presidente se instala en el Elíseo.

#### I

Entonces, á Dios gracias, no faltaban en Francia hombres dignos de aspirar á la primera magistratura. Treinta y tres años de gobierno regular y libre habían dado sus frutos. Los gloriosos debates de la vida parlamentaria y las campañas, más gloriosas todavía, de África habían puesto de relieve, en el orden militar ó civil, á ilustres personajes iguales á todas las fortunas, inclusa la más alta. Un gran nombre caballerosamente llevado, relaciones extensas en la aristocracia europea, un don de gentes y una cortesanía no menos apreciables en las repúblicas que en las monarquías, un arte refinado para conquistar ó atraerse los ánimos, eran cualidades que aseguraban á Molé un puesto eminente bajo todas las formas de gobierno, y si muchos le superaban por la actividad, la elocuencia y la aplicación á los negocios, nadie gozaba de más autoridad que él. Si se quería dar á la República un jefe más emprendedor, más audaz y más avispado; si no se temían los descarríos de un espíritu algo caprichoso, voluntarioso y variable, el nombre de Thiers se imponía naturalmente: sus libros y sus discursos hacía tiempo que lo habían revelado al público: sus ataques á Proudhón y sus protestas elocuentes en favor de las sanas doctrinas sociales acababan de enaltecerle á los ojos de la clase media: muchos no estaban lejos de considerarle como el salvador de la propiedad. Poeta, orador, historiador,

hombre de Estado, monárquico por tradición, republicano por tendencia ó por afición á lo desconocido, incapaz de una aplicación diaria, pero dotado á veces de una perspicacia que rayaba en adivinación, prudente á ratos, generoso siempre, Lamartine, á pesar de que su popularidad declinaba, continuaba siendo una de las personalidades más simpáticas que existieron jamás. Si, por último, opinaban que convenía poner el nuevo gobierno bajo la protección de una valiente espada, el mariscal Bugeaud aparecía con el prestigio de la Argelia conquistada y pacificada, con el renombre de una probidad un poco ruda, pero intachable, con la fuerza que le comunicaba el afecto de las tropas. A su lado se distinguía su teniente más firme, el general Changarnier, Changarnier puesto en evidencia por la represión del 16 de abril y por el mando de la guardia nacional; se elogiaban sus dotes militares, su firmeza y su valor; se sabía que estaba lleno de confianza en sí mismo, confianza legítima y que no tenía más defecto que el de ser algo inmodesta. Se ve, pues, que la monarquía había legado, como último servicio, á la República hombres capaces de engrandecerla y de honrarla.

Sin embargo, se tuvo pronto la prueba evidente de que ninguno de aquellos personajes ilustres podría resistir la prueba del sufragio universal. Aunque fuertemente templado en la sociedad nueva, y á pesar de haber aprendido sobre todo el arte de abrirse camino en ella, Molé era casi un hombre del antiguo régimen: era

más propio para figura decorativa de un Estado tranquilo que para la dirección de un Estado popular. Thiers, aunque más accesible á todos por las tendencias de su espíritu y de su educación, era más ducho en la táctica parlamentaria que en el manejo de las masas. Lamartine era culpable de moderación á los ojos de los demócratas, y de debilidad á los ojos de los conservadores, y por haber intentado conciliaciones imposibles, había concluído por enajenarse la voluntad de todo el mundo. El mariscal Bugeaud, ruda y robusta naturaleza, acostumbrado al gobierno sin fiscalización de la colonia africana, era menos apto que nadie para el papel de candidato: por otra parte, las vicisitudes de su vida de soldado le habían hecho combatir dos veces á los partidos extremos que no se lo habían perdonado: los legitimistas se acordaban de Blaye y los republicanos se acordaban de Transnonain. Por último, contra el general Changarnier se podía objetar su fama un poco reciente y su presunción un poco vanidosa; y se añadía que, militar por militar, el jefe del poder ejecutivo era preferible á otro cualquiera. Aparte de estas causas particulares, había para todos aquellos ilustres personajes una causa general de mal resultado. Representaban fracciones parlamentarias y no un símbolo político ó social. Ninguno de ellos era bastante conocido para atraer la corriente popular. El sufragio universal no es hábil en distinguir de matices, en comparar servicios, en prevenir eventualidades futuras. No puede ser atraído sino por una idea muy general ó por un nombre de gran resonancia: una vez fascinado, se deja absorber por esta idea ó por este nombre, sin perjuicio de arrojarlos más tarde tan bruscamente como los acogió.

Tal situación apareció tan clara que las candidaturas no surgieron sino para ser inmediatamente abandonadas. Molé sólo fué candidato en la mente de algunos de sus amigos. Thiers pareció acariciar un instante la esperanza de la suprema jerarquía: la actitud que el *Constitutionnel*, inspirado entonces por este hombre de Estado, guardó durante algunos días, autoriza á suponerlo; en todo caso, la ilusión, si existió, duró poco. El mariscal Bugeaud, después de haber dejado correr la voz de su candidatura, desautorizó solemnemente semejante idea: en una carta que vió la luz pública, suplicó á sus conciudadanos «que concentrasen sus votos en un hombre á quien el asentimiento general diese bastante fuerza para dominar el presente y consolidar el porvenir (1)». Changarnier también negó toda pretensión á la magistratura suprema. A la verdad, Lamartine, menos explícito, escribió al *Journal des Débats* que *pretender la presidencia sería una debilidad, y rehusarla, una cobardía*. Pero este lenguaje ambiguo era el menos á propósito para atraer sufragios. A medida, pues, que se acercaba el día solemne, el terreno electoral se despejaba. Exceptuando á Ledru-Rollín, que había de reunir los sufragios de la demagogia, y á Raspail, que los socialistas habían resuelto votar, las candidaturas quedaron

(1) No era que el general tuviese gran confianza en Luis Napoleón. «Elegir á Luis Napoleón es muy aventurado, escribió el 15 de noviembre; pero todavía prefiero esta solución al dominio de ese infame Nacional.» (Carta al coronel Lheureux, citada por el Sr. D'Ideville, *Vida del mariscal Bugeaud*, tomo III, página 388.)

reducidas á dos: la del general Cavaignac y la de Luis Bonaparte. En estos dos se concentró todo el interés de la lucha. Tal era la situación á principios de noviembre, es decir, en el momento de promulgarse la Constitución.

#### II

Cavaignac tenía en favor suyo la posesión del poder, el prestigio de los servicios prestados, el apoyo de la burguesía liberal, el aprecio de todos. Desgraciadamente, aquella política indecisa que ya en el mes de agosto empezó á revelarse de una manera tan sensible, no había hecho más que acentuarse después. Ciertos incidentes habían impresionado desagradablemente á los hombres de orden. El 22 de septiembre se había celebrado en Tolosa un banquete para conmemorar la fundación de la primera República, banquete que la prensa local había anunciado como una manifestación contra la Asamblea, y al cual había seguido una especie de paseo tumultuoso por las calles de la ciudad á los gritos de «¡viva la Montaña! ¡viva Robespierre! ¡viva Barbés!» Pues bien, á dicho banquete habían asistido el prefecto, el alcalde, los concejales del ayuntamiento, los magistrados del tribunal y el rector de la Academia: el general de división fué el único que se abstuvo, por orden del ministro de la Guerra; pero esta misma abstención probó la irresolución del poder, puesto que, sobre una cuestión de interés común, uno de los ministros dió instrucciones y los otros se callaron. Aquella falta de dirección pareció tanto más alarmante cuanto que la misma fecha de 22 de septiembre había sido señalada por lamentables escenas en otras poblaciones y principalmente en Bourges (2). Aquel mismo día, en el banquete del Chalet, Ledru-Rollín, deseoso de agrupar en torno suyo á los socialistas, se había quejado con amargura de que todas las reformas económicas hubieran sido aplazadas ó revocadas. «Se dice, había añadido Rollín, que Francia no podría encontrar con qué alimentar el trabajo; pero el dinero no falta, es que se oculta; en alguna parte se encuentra, y en los medios financieros debe existir la posibilidad de encontrarlo donde se oculta (3).» Este lenguaje había producido una emoción tanto más grande cuanto que la autoridad empezaba á perder fuerza en el momento mismo en que los partidos extremos recobraban su audacia.

Por paciente que fuese la Asamblea, no tardó en manifestar con su voto la disminución de su confianza. Todas las proposiciones relativas al estado de sitio ó al derecho de suspensión de periódicos habían sido desechadas hasta entonces por una gran mayoría; pero el 11 de octubre, habiendo formulado Xavier Durrieu una interpelación sobre el mismo asunto, la cuestión previa no fué adoptada más que por 339 votos contra 334: y aun aquella mísera mayoría de cinco votos se transformaba en minoría, si se descontaban los votos de los nueve ministros que habían tomado parte en el escru-

(2) El 30 de septiembre, el Sr. Denjoy interpeló al gabinete sobre los desórdenes de Bourges y Tolosa. El gobierno mandó abrir una información. Los resultados de esta información, consignados en el *Monitor* de 1.º de noviembre, confirmaron, de un modo general, el relato del Sr. Denjoy.

(3) *La Reforma*, 24 de septiembre de 1848.

tinio. Dócil á la voluntad de la representación nacional, Cavaignac provocó el levantamiento del estado de sitio que poco antes consideraba indispensable por mucho tiempo. Hizo más. Deseoso de ponerse bien con el partido del orden, modificó su ministerio. Sénard, Vaubelle y Recurt fueron reemplazados en el Interior, en la Instrucción y en Obras públicas respectivamente por Dufaure, Freslon y Vivien, simpáticos los tres á la derecha y representantes, en grados diversos, de la política de resistencia. En la sesión de 16 de octubre, Dufaure leyó una declaración muy firme, y la Asamblea, por 570 votos contra 115, atestiguó su adhesión á este programa. Semejante evolución parlamentaria hacía esperar para el porvenir una línea de conducta más constante y más franca. La ilusión duró poco. Como si hubiera sido imposible dar un paso hacia la derecha sin dar inmediatamente otro paso en sentido inverso, resultó que el efecto de las medidas se vió paralizado en seguida por medidas contrarias. Los hombres de la *camarilla del Nacional*, como decían entonces, no salieron del ministerio sino para entrar pocos días después en las grandes funciones administrativas. El Sr. Recurt, que acababa de abandonar la cartera de Obras públicas, fué nombrado prefecto del Sena. Un antiguo miembro de las sociedades secretas, el Sr. Gervais (de Caén), fué llamado á desempeñar la prefectura de policía. Esteban Arago, enfeudado en el partido demagógico, fué mantenido en la dirección de comunicaciones. La mayor parte de los agentes incapaces ó sospechosos fueron conservados.

La primera condición de existencia para un poder está en señalarse un fin y marchar hacia él. Cuando cede alternativamente á influencias contrarias, amotina contra sí á todos los partidos y disminuye rápidamente su autoridad. Cavaignac no escapó á ese descrédito, que es el castigo de la irresolución. Cuando se acercó la hora de la elección presidencial, él había perdido, no la estimación pública, que nunca le faltó, sino esa unánime confianza que, después de la victoria de Junio, le había hecho árbitro del país.

No es que no se hubiesen hecho serios esfuerzos para hacer triunfar la candidatura del general. El ministro del Interior, Sr. Dufaure, se consagró á esta obra, sin perdonar medio alguno legítimo. El 2 de noviembre, en una circular á los prefectos, recordaba que «el porvenir de la República dependía en parte del ciudadano que presidiera el primero á sus destinos; que la nación, en el nombramiento que iba á hacer, debía confiarse á una probidad sin tacha, á un patriotismo incontestable, á una resolución ya probada, y no á vanas y engañosas promesas.» Como si esta recomendación no fuese bastante clara, Dufaure intervino pocos días después más directamente en la lucha. En una carta al Sr. Odier, banquero y juez del tribunal de comercio, carta destinada á la publicidad, respondía de los conocimientos é intenciones del general. Los colegas de Dufaure imitaban su ejemplo. Freslon, ministro de Instrucción pública, dirigióse directamente á los maestros de escuela. Vivien, ministro de Obras públicas, invitaba á los ingenieros á que recordasen á los trabajadores que eran objeto de toda la solicitud del gobierno, «solicitud ávida de cumplir más de lo que prometía.» Por último, el ministro de Hacienda, Sr. Trouvé-Chau-

vel (1), añadió al proyecto de Goudchaux que restablecía el impuesto de la sal, una disposición complementaria que reducía este impuesto en dos tercios á partir de 1.º de abril de 1850.

A pesar de su natural reserva, Cavaignac se decidió á entrar en liza. El 10 de noviembre, con el pretexto de la Constitución á promulgar, dirigió á los funcionarios una circular que era un verdadero programa político. En esta circular, notable por la alteza de miras, el general proclamaba que el poder ejecutivo había de estar subordinado á la voluntad de la Asamblea; afirmaba los derechos imprescriptibles de la familia y de la propiedad; rechazaba toda teoría exclusiva; recomendaba que se abriese la carrera á todo ciudadano *de corazón sincero y pensamiento fiel*; y terminaba invitando á los ministros de la religión á invocar las bendiciones de Dios sobre la patria común. A dicho documento, inspirado en una verdadera grandeza cívica, no se podía objetar más que una cosa: por giro altivo del pensamiento y de la expresión, era el manifiesto de un jefe de Estado que manda, más bien que de un candidato que solicita. Cavaignac no se contentaba con hablar, sino que se movía mucho. Contra su costumbre, se exhibía, poniéndose en comunicación con la opinión pública. Comió en el arzobispado con el clero; tomó parte en un banquete en el Hotel de Ville; pasó revista á la guardia móvil; recibió á los delegados de provincias que asistieron á la fiesta de la Constitución. Señalábanse sus visitas á las cárceles y á los establecimientos públicos; se le vió despedir á los colonos de una de las expediciones para Argel; usaba con largueza de su derecho de indulto, ya en favor de los insurrectos de Junio, ya en provecho de los condenados por delitos comunes. Mientras tanto, sus amigos del *Nacional* ó los hombres que le rodeaban, distribuían folletos, biografías y retratos. Algunos de estos folletos eran tan violentos y destemplados, que el general no vaciló en desautorizarlos.

No se tardó en comprender que toda aquella actividad era inútil. En vano se intenta corregir con un esfuerzo momentáneo los efectos de un mal proceder. Cavaignac, con su sistema de compensaciones desacertadas y su política vacilante, había desorientado á sus mejores amigos. Además, aquella propaganda tenía el doble defecto de ser demasiado visible para no prestarse á la crítica y demasiado reservada para ser eficaz. Por otra parte, los funcionarios, que hubieran sido los sostenes naturales del jefe del poder ejecutivo, no querían comprometerse por una autoridad quizá expirante. El general tenía el convencimiento de su debilidad. Desempeñaba su papel de candidato con conciencia, pero no con entusiasmo. Hubiérase dicho que de antemano procuraba consolarse de su derrota como si la hubiese previsto. En su altiva resignación se expresaba en términos que revelaban un espíritu más deseoso de abandonar el poder con dignidad que de perpetuarse en él.

### III

Mientras declinaban de este modo las probabilidades de triunfo de Cavaignac, ¿qué hacía Luis Bonaparte?

Como si hubiese comprendido que su persona no

(1) Trouvé-Chauvel había reemplazado á Goudchaux el 25 de octubre.

podía añadir nada al prestigio de su nombre, en vez de buscar las ocasiones de exhibirse, las evitaba. Había hecho su entrada en la Asamblea el 26 de septiembre; desde entonces se había dejado ver pocas veces en el Palacio Borbón: su acento extranjero, su inexperiencia de la palabra, su ineptitud para los negocios, la malevolencia de muchos de sus colegas, todo le aconsejaba la abstención.

Su aparente reserva servía para disimular mejor la actividad de su partido. Las ventajas del príncipe sobre su competidor no tardaron en revelarse. El general contaba principalmente con el apoyo de funcionarios que miraban por su propio porvenir: Luis Bonaparte tenía por agentes, no personajes oficiales, sino hombres jóvenes, entusiastas, que nada arriesgaban, unidos por necesidad ó por presentimiento á su fortuna naciente. Cavaignac, como jefe del poder ejecutivo, estaba obligado á los comedimientos que su rango exigía; los partidarios del príncipe tenían esa desenvoltura que dan la obscuridad, la juventud y la irresponsabilidad. Cavaignac tenía los escrúpulos de la honradez y cuidaba de inspirarlos á sus partidarios; Bonaparte, si afectaba tenerlos personalmente, sabía muy bien dispensar de ellos á sus amigos. Organizóse la propaganda activa, continua, encarnizada. Numerosos emisarios empezaron á recorrer las poblaciones rurales, distribuyendo medallas, retratos y periódicos: prodigáronse las promesas: se hizo vislumbrar á los campesinos la supresión de impuestos durante años y la institución de rentas vitalicias para los veteranos. La vida y la persona de Cavaignac fueron objeto de ataques diarios. Afirmábase que si fuese elegido, la administración y la magistratura serían constituidas con sujeción al espíritu demagógico; se sacaba á relucir el recuerdo de su padre, el *Convencional*, el *Regicida*. Un día se propalaba el rumor de que el pago de 1.100.000 francos, recientemente votado para los maestros de escuela, iba á ser aplazado; el día siguiente todo eran burlas contra aquel general, ahora republicano, que en su juventud había llevado la escarapela blanca y había sido después mariscal de campo bajo el reinado de Luis Felipe. El *Monitor* cuidaba de desmentir todos aquellos rumores, pero los mentís neutralizaban raramente el efecto del ataque. Girardin, deseoso de vengar la prisión á que fué condenado durante la insurrección de Junio, había puesto al servicio del príncipe las columnas de la *Presse* y acababa de emprender una campaña á todo trance contra el jefe del poder ejecutivo. Bonaparte dejaba hacer á sus amigos, igualmente dispuesto á aprovecharse de sus manejos, si no le comprometían, ó á desautorizarlos si eran excesivos. Como verdadero jefe de partido, evitaba comprometerse en la polémica diaria. Habiendo circulado el rumor de que podían originarse trastornos á la sombra de su nombre, fué al ministerio del Interior, desaprobó vivamente toda idea facciosa é hizo publicar su protesta en los periódicos. El ministro acogió con una benevolencia algo socarrona la diligencia del candidato: «He tranquilizado al príncipe, dijo irónicamente Dufaure dando cuenta de aquel incidente á la Asamblea; le he contestado que la República no tenía nada que temer (1).»

(1) Sesión de 25 de octubre de 1848 (*Monitor* de 26 de octubre).

La Asamblea acentuó con sus aplausos aquella desdenosa soflama: algunos representantes, sin embargo, empezaban á temer que la República estuviese menos segura de lo que se afirmaba.

Cuanto más se acercaba la época de las elecciones, más ventaja tomaba Bonaparte á su rival. Cuando, á mediados de noviembre, se tuvo la certeza de que sólo dos candidaturas entrarían en liza, los personajes más importantes de la Asamblea se preguntaron, no sin ansiedad, á favor de quién pondrían su influencia y su voto. En la duda, iban de uno á otro contrincantes, interrogándolos á los dos y procurando sorprender el secreto de su pensamiento.

Cavaignac, en su ruda rectitud, no quería adquirir compromisos: se limitaba á ofrecer su pasado como garantía de su porvenir, y si se tenían en cuenta las oscilaciones de su política, aquella garantía distaba mucho de satisfacer. Luis Bonaparte era muy distinto. Entonces era ya muy hábil en contentar á los consejeros oficiosos con una aprobación vaga que nada le costaba. Desde luego, se había inclinado hacia los socialistas: una vez presentada su candidatura procuró conciliarse la voluntad del partido conservador, monárquico y religioso. Saliendo de la reserva que había guardado hasta entonces, tuvo buen cuidado de satisfacer á los jefes parlamentarios, mientras Cavaignac persistía en desanimarlos. Escuchaba á Montalembert que estipulaba para la libertad de enseñanza y la libertad religiosa. Entró en negociaciones con Molé y Thiers, que después de muchas vacilaciones se decidieron á patrocinarlo. Berryer, menos comunicativo y más desconfiado, no tuvo con el príncipe más que una sola entrevista, en presencia de colegas atentos, en uno de los salones de la Asamblea. El mariscal Bugeaud, después de haber usado un lenguaje evasivo, se pronunció en favor de Luis Bonaparte. El *Constitucional*, la *Gaceta de Francia* y la *Asamblea nacional* se adhirieron á la misma causa. El *Universo*, aunque más indeciso, anunció abiertamente la derrota del general Cavaignac. El príncipe sabía mantener con mucha habilidad aquellas buenas disposiciones. Escuchaba á todo el mundo con una cortesía perfecta; se escurría cuando le apremiaban demasiado, no rehusaba ninguna aprobación general, dejaba creer á cada uno de sus interlocutores que había conquistado su estimación y su confianza. A la verdad, su extrema dulzura, su modestia casi tímida, el color algo velado de sus ojos y su taciturnidad habitual daban á algunos una pobre idea de su inteligencia. Pero esto mismo, lejos de perjudicarlo, le favorecía. Lo que muchos monárquicos querían era precisamente, no un jefe capaz de dirigir y continuar la revolución, sino un presidente provisional para una república que juzgaban interina. Al parecer, la fortuna quería á toda costa el triunfo de Bonaparte, puesto que hasta convertía su medianía en un elemento de éxito.

Sin embargo, ni el celo de los amigos, ni el favor de los jefes parlamentarios, ni el apoyo de gran parte de la prensa hubieran bastado para asegurar el triunfo del príncipe, si no hubiese tenido á su servicio una fuerza que dominaba á todo lo demás y sin la cual todas las otras no eran nada; esta fuerza era la de su nombre. La opinión política de las masas se resumía entonces en Francia y se resume aún hoy en algunas líneas muy

generales. A las masas les gusta ante todo la igualdad y defienden, con celosa desconfianza, la Revolución que la fundó: además, como son ordenadas y laboriosas, les gusta el orden que garantiza el trabajo: añádase á esto que rinden culto á la gloria militar y que los golpes de violencia afortunada, lejos de disgustarles, las seducen. Pues bien, el nombre de Bonaparte satisfacía á la vez á todas esas aspiraciones. Mientras la República parecía insuficiente para garantizar el orden, y la monarquía era considerada como una amenaza para la igualdad, los Bonaparte, en la opinión popular, simbolizaban á la vez la paz pública que tiempo atrás habían asegurado y la Revolución de que habían surgido: además, representaban la idea de la fuerza, esa idea tan poderosa entre los pueblos que han perdido la idea de la tradición; y despertaban, en fin, en la imaginación el recuerdo aún palpitante de la victoria y de la conquista.

Desde 1815, todo había contribuído á engrandecer aquel prestigio del nombre. En el momento en que Luis Napoleón aspiraba á la suprema jerarquía, sus verdaderos cómplices, sus verdaderos aliados, no eran ni los amigos turbulentos que combatían por él, ni los jefes parlamentarios que, en la esperanza de absorberlo, se adherían á su causa, ni los periodistas que, como Girardin, le servían para satisfacer sus odios. Sus aliados, sus cómplices, los encontraba más bien en el pasado que en el presente: sus aliados, sus cómplices, eran los liberales de la Restauración que habían perpetuado á través de la monarquía la idea napoleónica; era Béranger que había cantado las glorias imperiales; era el gobierno de Julio que, en su amplio patriotismo, había trasladado á los Inválidos las cenizas de Napoleón y había honrado tan grandemente á los servidores del Imperio; eran aquellos héroes célebres ú oscuros, caídos en las grandes refriegas y cuyos retratos, piadosamente conservados, adornaban el hogar de cada casa pobre; eran aquellos veteranos que, esparcidos á millares por los campos, habían contado á las nuevas generaciones sus proezas, sus sufrimientos, sus combates y sus heridas. A treinta y cinco años de distancia, poco importaban el despotismo, la sangre vertida, las invasiones: todo esto se perdía en el nimbo de la leyenda: la fascinación era tal que ni siquiera preguntaron quién era aquel Bonaparte tan de improviso resucitado: bastaba que llevase este nombre mágico para que se le creyese adornado de todas las cualidades que suponían inherentes á su raza.

Así son los pueblos: cuando los sacrificios (aun los más duros) no han costado nada á la igualdad y han tenido la gloria por recompensa, acaban por olvidar la cuantía de aquellos mismos sacrificios; y á los poderes que más abusaron de ellos están dispuestos á ofrecerles nuevamente lo mejor de su sangre, como las viñas dan su más generosa substancia á los que las pisotean en el lagar.

## IV

Sin embargo, antes del día solemne de la elección, Cavaignac había de recibir, en el seno de la Asamblea, un supremo testimonio de estimación, propio para dulcificar su caída y consolarlo en su desgracia.

De todos los ataques dirigidos contra su persona y su vida, los más sensibles eran los relativos al acto decisivo de su carrera, es decir, á la represión de Junio. Aquellos ataques eran ardientes, pérfidos, continuos. De todos los periódicos, la *Presse* era el que más se distinguía por lo acerbo de su polémica. No se dejaba de repetir que el general había dejado crecer la insurrección á fin de hacerse necesario. Numerosos artículos, publicados en sus columnas y reunidos después en folleto, no tenían más objeto que establecer esta acusación. Aunque sintió vivamente la injuria, el general Cavaignac desprecióla desde luego. Pero después llegó á su noticia que circulaba, con el título de *Fragmento de historia*, una relación de las jornadas de Junio, que había sido comunicada á algunas personas y que reproducía la terrible acusación de la *Presse*. Esta relación se atribuía á ex miembros, ministros ó secretarios de la Comisión ejecutiva: hasta se citaban los cuatro personajes bajo cuyos auspicios se había redactado: estos eran Barthélemy-Saint-Hilaire, Garnier-Pagés, Pagnerre y Duclerc. En presencia de una denuncia que emanaba, no de periodistas sin autoridad, sino de hombres que hacía poco habían ocupado el poder, el general creyó conveniente no seguir guardando silencio. El 21 de noviembre subió á la tribuna y pidió que se le concediera día no remoto para combatir y aniquilar la acusación.

El debate fué señalado para el 25 de noviembre. Cavaignac comprendió que aquella sesión había de comprometer ó consolidar para siempre su reputación. Su lenguaje fué digno del gran papel que había desempeñado y de la gran causa que defendía. El soldado taciturno y solitario de Cherchell y de Milianach superó las mejores esperanzas de sus amigos y confundió á sus adversarios. Su defensa fué sencilla, precisa, abundante, impregnada de emoción y no exenta de ironía. Empezó por sentar con mucha autoridad que la discusión se elevaba, no entre él y la Comisión ejecutiva, sino entre él y algunos de los miembros ó ministros de esta comisión. Arago, Marie y Lamartine, es decir, los hombres más considerables del antiguo gobierno, eran extraños al ataque ó lo desaprobaban. Hecha esta salvedad, Cavaignac se justificó plenamente de su conducta y de sus actos. Después de una justificación que no dejaba lugar á dudas, el general añadió profundamente emocionado: «En el curso de esta discusión creo haber probado á la Asamblea que yo sabía muy bien dejar á un lado momentáneamente ciertos sentimientos fáciles de despertar en mí; la Asamblea ha podido reconocerlo, y espero que me hará esta justicia: mas no se crea que yo quiero eludir en parte la gravedad del debate... Hasta ahora no he pronunciado más que un alegato... Pero entre vosotros y yo, luego os lo diré, hay quizá una cuestión más grave, una cuestión de honor. No quiero introducir cuestión tan seria hasta el último momento. Si tenéis otros actos que discutir, hablad y os contestaré; me defenderé otra vez esta tarde, y toda la noche, hasta mañana si es preciso... (*Viva aprobación.*) Pero llegaremos al término de la discusión sobre los actos; será preciso saber qué significación les dais; será preciso saber por qué este ministro faltó á su deber, por qué este ambicioso ha hecho todo lo que ha hecho, y entonces no será ya el abogado el que vendrá á hablar aquí; será el militar, y le oiréis.»

«LUIS NAPOLEÓN Á SUS CONCIUDADANOS.

»Para llamarme del destierro, me nombrasteis representante del pueblo; en vísperas de elegir al primer magistrado de la República, se os presenta mi nombre como símbolo de orden y seguridad.

»Esos testimonios de tan honrosa confianza, ya sé que van dirigidos más bien á mi nombre que á mí mismo..., pero cuanto más me protege el recuerdo del emperador, más obligado me siento á daros á conocer mis sentimientos y mis principios...

»No soy un ambicioso que sueña tan pronto con el Imperio y la guerra como con la aplicación de teorías subversivas. Educado en países libres, permaneceré siempre fiel á los deberes que me imponen vuestros sufragios y la voluntad de la Asamblea.

»Si fuese yo nombrado presidente, no retrocedería delante de ningún sacrificio para defender á la sociedad tan audazmente amenazada; me consagraría por completo, sin amaño alguno, al afianzamiento de una República prudente por sus leyes, honrada por sus intenciones, grande y fuerte por sus actos. Pondría mi honor en dejar al cabo de cuatro años á mi sucesor el poder robustecido, la libertad intacta, un progreso real cumplido.»

Descendiendo de estas generalidades, el príncipe trazaba el programa de su gobierno futuro, programa en que cada partido encontraba la realización de sus deseos y de sus esperanzas. Respecto á los conservadores de todos matices, se comprometía á proteger la religión, la familia y la propiedad. «La protección de la religión, añadía intencionalmente para los católicos, trae como consecuencia la libertad de enseñanza.» A los amigos de las reformas sociales, Luis Bonaparte prometía «disminuir los impuestos más onerosos para el pueblo, fomentar la agricultura, proveer á la vejez de los trabajadores por medio de instituciones de previsión, introducir en las leyes industriales todas las mejoras que tienden á fundar el bienestar de cada uno en la prosperidad de todos.» Para satisfacer al partido legitimista, afecto desde aquella época á la causa de la descentralización, el príncipe se comprometía á disminuir el número de los empleos que «convierten un pueblo libre en un pueblo de postulantes...» Condenaba «esa tendencia funesta que impulsa al Estado á ejecutar por sí lo que los particulares pueden hacer tan bien y mejor que él. La centralización de los intereses y de las empresas es propia del despotismo. La naturaleza de la República rechaza el monopolio.» A las poblaciones rurales, el candidato, pródigo de promesas, dejaba entrever «un alivio del peso de las quintas.» El nombre de Napoleón podía despertar algunas inquietudes en Francia y en Europa á causa de su significación belicosa; el príncipe cuidaba muy bien de destruir aquellas aprensiones: «Con la guerra, no hay alivio posible para nuestros males, decía. La paz sería, pues, el más grato de nuestros deseos. Francia, durante la primera Revolución, fué guerrera porque la obligaron á serlo. Hoy que no es provocada, puede consagrar sus recursos á las mejoras pacíficas sin renunciar á una política leal y resuelta.» Y el príncipe añadía esta máxima que el futuro promovedor de tantos congresos fastuosos hubiera hecho bien en no olvidar: «Una gran nación debe callar ó no hablar nunca en vano.»

Así habló Cavaignac. El reto con que terminaba su discurso se salía de las costumbres parlamentarias. Pero el hombre que defiende su honor tiene privilegios que no tienen los demás, y la Asamblea acentuó aquellas altivas palabras con sus aclamaciones.

Eran las seis de la tarde. Cavaignac había hablado durante más de tres horas. Teníanse vivos deseos de que terminara el debate. A las ocho reanudóse la sesión. Barthélemy Saint-Hilaire vino á declarar, no sin dignidad, que había sido, si no el redactor, al menos el inspirador del *Fragmento de historia*, y que, por consiguiente, era más responsable que nadie de aquel escrito. Además añadió muy claramente que sus amigos y él habían querido atacar el sistema de defensa y no las intenciones del general, que le tachaban de incapaz y no de desleal. Cavaignac acogió esta explicación con un desdeñoso silencio. La acusación, de tal modo circunscrita y limitada, fué sostenida sucesivamente por Ledru-Rollín y Garnier-Pagés. Pero ni uno ni otro pudieron cambiar las disposiciones de la Asamblea. Sus ataques no tuvieron más resultado que el de proporcionar á Cavaignac réplicas que acentuaron aún más su triunfo. En aquella famosa jornada parlamentaria, el general tuvo ocasión de vengar su honor, de evidenciar sus servicios y de romper con la extrema izquierda los lazos que aún le unían á ella.

A las once de la noche, el anciano Dupont de l'Eure subió á la tribuna, y después de haber deplorado en breves palabras las divisiones que estallaban en el seno de la República, propuso una resolución, así motivada: «La Asamblea nacional, persistiendo en el decreto de 28 de junio que dice: «El general Cavaignac ha merecido bien de la patria,» pasa á la orden del día.» Esta orden del día fué ratificada por 503 votos contra 34. La escasa minoría de 34 votos fué proporcionada por la Montaña, con la cual se unieron Víctor Hugo y el general Baraguey d'Hilliers. Entre los antiguos miembros de la Comisión ejecutiva, Arago y Marie votaron con la mayoría; los demás se abstuvieron, sintiendo, sin duda, en el fondo del alma, un ataque que revelaba más despecho que espíritu político. Los antiguos jefes parlamentarios, señores Molé, Berryer, Thiers y Montalembert, no queriendo pronunciarse públicamente en vísperas de la elección, se mantuvieron también neutrales. La proclamación del escrutinio fué acogida con vivas á la República y saludada con un inmenso aplauso.

## V

Aquella memorable sesión impresionó mucho á la Asamblea, pero tuvo poca resonancia en el país. Cuatro días después, Luis Bonaparte, que aún no se había dirigido oficialmente á la nación, publicó su manifiesto electoral. Antes de darlo á luz había reunido en consejo á los jefes parlamentarios que se habían unido recientemente á su fortuna y que con una benevolencia un poco desdeñosa habían puesto su experiencia á disposición del príncipe y hasta le habían ofrecido el concurso de su pluma: pero el príncipe no se inspiró más que en sí mismo: se complacía en provocar los consejos, pero aun se complacía más en no seguirlos. Aquella proclama principiaba en estos términos: